

FÍGARO.

PERIÓDICO ESPECIAL.

Se publica cuatro veces al mes.—Precios de suscripción: En Búrgos, real y medio; en provincias, dos reales, pago adelantado. Números sueltos diez céntos.—Habana y extranjero una peseta.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Imprenta de la Sra. viuda de Villanueva, Plaza Mayor 2, y en la Lotería del Sr. Hernando, paseo del Espolon. Anuncios y preguntas á precios económicos.

Enero 11.

REDACCION Y ADMINISTRACION; LAIN-CALVO 20, 2.º

Núm. 43.

EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE

escrita por El Bachiller Avellanado.

CAPÍTULO XIV.

De como es el enderezar tuertos en buena ley de andantes Caballerías.

—Sea así como vos lo decis, señor Don Quijote, exclamó el Mayordomo, y bajaron ambos con Sancho por el caracól de una estrecha escalera, á cuyo fin apareció una extensa cuadra con un pozo en su centro; lo demás de su recinto ocupaban libros abiertos, mesas, armarios y facistoles.

—¿Qué rumor es ese que se siente? preguntó Don Quijote.

—Es el que el aire ocasiona al tropezar con las copas de los árboles de la selva que nos rodea, dijo el Tuerto.

—¿Y esa dislocada conversacion? añadió el caballero.

—De los que van su camino adelante por diversas sendas, contestó el Cojo; pues todos los ecos del valle, así que se estrellan en las pantallas exteriores del palacio, recojidos descienden hasta aquí por los tubos encajados en las entrañas de estos muros, los cuales conductos abiertos terminan en esta sala de secreto. Y así aun puede hablarse en esta estancia de manera que salgan del palacio y por sus azoteas palabras que confusas resuenen en los alrededores de este triste monumento, las cuales conserven y aumenten el respeto y pavor conque por todos es contemplado.

—A la incierta y escasa y verde luz de la lámpara de hierro que pendía del centro de la bóveda de la cuadra todavía supo Don Quijote leer algunas dicciones escritas de mano en las hojas de un gran volumen forrado con cuero; y preguntó severamente:

—¿Qué significa, señor Maestresala, ese vocablo de la cubierta enorme de ese becerro?

—Es el de Suiza, contestó temblando el Tuerto, que no es menester

publicar, pues costárame la vida el intentarlo solamente.

—Tanto monta para vos uno como otro contestó Don Quijote; que así vais servido con acabar por guardar vuestro sigilo, como perdiendo la vida por revelar este aposento; y en cuanto que yo os hubiere arrojado á ese pozo, mio será el leer y aprender aquí cuanto me placiere y osare. El rostro del caballero era ya de hierro albando.

—Ya conoceréis vos, continuó el Tuerto descolorido, cuanto es poderosa y arraigada por el orbe la latina raza.

—Sé, dijo Don Quijote por andante caballero, como élla es tronco de la copa del humano linage, y tribu de Leví de las tribus de todo el orbe; y como muchos desiertan y se huyen á las septentrionales vecinas comarcas habitacion del fenicio traficante. Provecta, y aun anciana, era ya Roma, de griegos heredera, cuando andábase el germano todavía con su bárbaro renombre por montes y laderas, páramos y yermos de la Teutonia y de la Scythia; y á los meridionales países fué á pedir el language de sus labios como el trage de su uso y el alimento de su cuerpo y de su alma.

—Pues ved aquí, señor Caballero, este aposento germánico de los tiempos de su merced, bien que continuados, dijo el Tuerto.

—¿De qué suerte? preguntó Don Quijote.

—Solo por medio de la obediencia consumada y absoluta sin advertir ni intentar contradecir un solo mandato, contestó el cojo. Y entre los montes y picos de los Alpes óyese, señor Caballero, mejor que en otra parte alguna el habla que dirige las acciones de los hijitos de esta casa. Ni murmuraciones, ni el despegar un solo atómico del labio; ni levantar ojos del suelo; ni aun la duda. Y dicen como este es modo seguro de alcanzar las libertades. Ninguno de los de la junta ha de saber por qué ni para qué le arrojaron al mundo, ni cual ha de ser la tierra de sus pasos, ni el ho-

gar de su familia, ni la razon de los mandatos que cumplir debe; ni ha de haber casa, ni hijos, ni sus sentimientos ni pensamientos; ni porvenir, ni presente, ni pasado. Ni gustos ni disgustos, ni penas ni placeres, ni habla, ni tranquilidad ni sobresalto. Nada, ni en antojo.

—En mi ánima, interrumpió Sancho; como acertado há Pedro á la cogujada, que el rabo lleva tuerto; y alegrías, albarderos, que el bálago se arde, y allá darás, rayo, que no en mi sayo; y sardina que el gato lleva servida queda; y ahora si que topamos la buena ventura; ¡y qué serán escuderías de los tales caballeros! Y no en mis días, que lengua há la mi boca, y por harto menos caballero hubo á pique de quedar sin escudero.

—¿Y qué gran Maestre há vuestra orden? preguntó Don Quijote.

—No hay hablar de eso, dijo el cojo; y así es el llegar de la dificultad, ó haber de determinar sobre algun asunto, como venir aquí los caballeros á recibir la ley de las tierras de los Alpes.

—¿Y los caballeros de esas tierras? insistió Don Quijote.

—Así se congregan como los de esta casa, respondió el Tuerto; y toman las plumas en sus manos, y abren los libros prevenidos, siéntanse en los sillones preparados y abandonan á sí mismos para entregarse al misterioso poder que les inspira y dirige; el cual, en cuanto es invocado, comienza á mover las manos de los sus dirigidos, quienes así escriben como pintan, y sienten como escriben. Y las respuestas comunicanse rápidamente; y hé aquí ya los mandatos que han de observarse.

—¿De suerte, interrumpió Sancho, que por tal máquina, maniobra y ordenamiento el oculto ser gobierna la orden de su merced en todo el mundo? ¿Y tal es obedecida como su merced lo ha dicho?

—Ni mas ni menos, contestó el Tuerto.

—¿Y aun su merced, continuó San-

cho, aquí pudiera agora hacer y obrar como lo ha manifestado?

—Sin duda alguna, dijo el Tuerto.

—Mientras que yo á ello no me opusiere, dijo socráticamente Don Quijote.

—¿Cómo es tal? repuso airado el Tuerto.

Y puesto y colocado ante el manto de un caballero de la junta, que arrugado yacía sobre la mesa, mandó el Cojo á la tela que se moviese; y ella comenzó á verificar por sus pliegues su movimiento tal como oruga que paseára las sinuosidades de aquel paño; mas así que Don Quijote ordenó al manto que cesase, en aquel mismo punto acabose el movimiento. Y dióse el caballero á paseár arriba y abajo la estension de aquella cuadra.

—Escribir podreis, por ventura, dijo al Tuerto Sancho.

Y fueron varias las líneas que escribió el Cojo, hasta que Don Quijote impuso veto.

Sancho hubo de creér en este caso el gran mérito y valer de la andante Caballería, como el Tuerto en un misterioso poder muy mas elevado que aquel que él que poseía.

Alzó el jorobado la cabeza y mirando estuvo largo espacio dos cabezas de piedra delicadamente labradas sobre la cornisa que hacía pié de la bóveda de la cuadra, y prorrumpió.

—Ved ahí la culpa, que no se halla en otra parte sino en uno de esos rostros espantable. Venid, Señor Caballero y los veréis constantemente repetidos por todas partes notables del palacio; mas, esperád un momento que no me es ya posible el ir mas adelante.

—¡Palideceis, el descuadernado! exclamó iracundo Don Quijote.

Desenvainó su puñal buído el Cojo, pues sentia en sí necesidad de obedecer el movimiento que á su brazo imprimian sus directores ocultos, y abandonando su mano trazó sobre el yeso de la pared con la aguda punta del arma ensangrentada, frases tales que bien significaban como en muy lejanos países se habia dado un golpe en vano. Y exclamó súbita como impensadamente:

—¡No hay aun esperanza para el mundo!—Y ardiendo en cólera continuaba:—Los hermanos tórnanse verdugos y sicarios se vuelven los que debieran ser los servidores.

—A bien, interrumpió Don Quijote, que para remedio de todas esas dificultades tenéis ya las cadenas y argollas que muestran estos muros, y los

ferrados cepos de estas salas que aseguren las gargantas de vuestros infieles compadres, y los martillos y yunques machacadores de pies y manos, y los frascos que acaben con los entendimientos de los lijeros habladores; amén de los pozos hediondos, los candentes borcegues, los espinosos petos de acero y las agujas de coser carnes; con todo lo cual, es el labrar la felicidad del humano linage, libertad y libre albedrio á la cabeza.

—Si, dijo Sancho, que topó el breton con su compañero, y agua de hiello es brasero.

—Y vuelva á ver su merced, continuó el Tuerto, sobre el arco de esa puerta de salida las mismas cabezas labradas en piedra que antes observó en la cornisa de la cuadra de los libros, como se las encuentra así bien en estotro corredor y galería de los cuadros.

—¡Muchos há el Maestresala! exclamó Don Quijote.

—Y muchos mas faltan, respondió el Tuerto, si ha de completarse la historia de esta casa, á contar desde el mismo Paraíso. Todos son retratos.

—Si que allí ya sacó la su cabeza la serpiente, dijo Sancho, y la cola ha de ser larga.

—Amón es el segundo cuadro, dijo el viejo.

—Cam, ha de decir su merced, interrumpió Don Quijote, que tuvo en los africanos desiertos de la Libia su palacio como aqueste.

—Es la cosa misma, continuó el Tuerto; y siguen el viejo Zoroástrés, y el probado Confucio, y los Eleusinos Misterios con todos sus componentes, y despues los oráculos, para que continuen los retratos hasta Lutero. Sin contar la familia mahometana ni á Abramán y Eridano, ni tampoco los asirios que habian sus asambleas sobre la Torre de Babel: de suerte, que si su merced quisiere formar debidamente la historia de esta ciencia, que se llama la del bien y del mal, porque el caballero bien lo entienda, ha de comenzar, segun lo llevo dicho, y saltar hasta Amón, por cuanto lo restante todo no es mas sino seguir la color del rostro de las gentes; que el africano es negro, y al caminar por los meridionales perfiles del antiguo mundo ha llegado á aclararse con las mezclas. Y así sería mas fácil que el completar esta galería, y advertido lo tengo, tomar la mapa, teñir de negro el África y desvanecer la sombra de abajo arriba, dejando lo septentrional blanco, como lo mas del

centro, y poner lo del sur todo sombrío,

—Y salido que hubieron las tres personas á la luz de la lámpara del Cojo á un hondo patio estrecho y húmedo, la luz fué apagada y comenzaron á subir por escala de cuerda hasta la natural superficie del terreno, que formaba allí un jardín pacífico y frondoso.

Conque continuó el Tuerto diciéndole; en ese asiento de piedra asentábase el rey Don Felipe al lado de Doña Isabel de Ossorio, dama principal de Castilla y de hermosura rara. Ella era la dueña de los secretos, no menos que de la voluntad del sombrío monarca; y aun por eso habrá observado su merced como la fuente del patio de entrada á este palacio manifiesta las tres Gracias, en recuerdo y representacion de las que adornaban á la Doña Isabel. Al pié de aquel añoso árbol se repetian los mutuos y tiernos juramentos de eterna fé de los amantes, que tambien se ven señalados por otras dos preciadas cabecitas de piedra talladas entre los adornos del balconage que dá á esta parte del antiguo edificio. Y así habia sus regocijos y ternezas el monarca que llamaron de corazon de hielo. Mas, como en la Corte dieran hartos que decir y que pensar semejantes afecciones, determinó Don Felipe edificar este monumento en esta soledad deliciosa que rodeó de arboledas y de bosques, y que nosotros hemos acordado conservar con las memorias del palacio.

Observe su merced tambien esa portezuela secreta de entrada á este jardín y sentirá la belleza tan grande que caber puede en cosa tan pequeña; así como no hay modo de superar la que ostentan todos los ornamentos de los muros de este edificio. Y aquí se celebraron, bien que en el silencio de la noche, las eternas glorias de Lepanto.

—Sabrá, por acaso, su merced, dijo Don Quijote, todo lo tocante á esa batalla.

—Ni hay quien ignorarlo pueda, dijo el Tuerto.

—Pues, saber há el señor Maestresala, prosiguió el Caballero, como nació en esta Castilla, viviendo yo mis primeros tiempos, una tan hermosa como virtuosa señora, la cual muchos pretendieron incesantes para hacerla su esposa apenas habia ella cumplido los necesarios años. Y asíéntese el señor Mayordomo donde solia mi Rey Don Felipe el político y poderoso.

Y añada su señoría á la belleza de la señora Doña Isabel el extraordinario sentimiento conque veía y sabía de las casas y asambleas que sus mercedes, señor Maestresala, se procuran, se hacen y celebran; y aun por eso no lejano de este recinto existir debe un humilde monasterio que fundó con gran intento la Doña Isabel de Ossorio.

—Olvidado lo habia, dijo el Tuerto.

—Como olvidado su señoría há tambien que los instrumentos de los castigos del Rey Don Felipe por él no fueron inventados, sino que los aprendió y hubo de palacios como aqueste del cual sois vos Maestresala; y es ley de justicia dar á cada cual lo que le corresponde.

—Entonces es juzgar de su señoría....

—Tal como se debe, prorrumpió en acento grave Don Quijote; á todo lo cual es de añadir sesudamente si hay y puede haber instrumento alguno de castigo que inventar y construir sobre los que su merced guarda y tiene contruidos y aplicados; y eso ha de confesar su señoría como no es posible.

—Tiempos y sucesos grandes requieren resoluciones á ellos iguales, dijo bravío el Cojo.

Y esa fué, señor Maestresala, la ley de Don Felipe. Con que Doña Isabel resolvió alejarse del ruido y rumor de lo poblado por ser su alma llamada á mas altos destinos, y vino presto á habitar estos sombríos solitarios lares. Hízola la Corte este palacio, y ella labróse el convento que es cercano; y en él son las cenizas de la señora, que supo siempre serlo de si misma.

—Vos, señor Caballero, vais de tal manera, exclamó el Tuerto.

—Que llegue á dar á este banco regio de roca, interrumpió Don Quijote. Ni fué solo el Rey Don Felipe el varon que aquí alcanzó un asiento deseado, antes le anhelaron y le hubieron celebrados y poderosos personajes, y ese menudo polvo que ahí reposa almohadón fué, no sola una vez, de suplicantes humedecidas rodillas en lloro á torrentes por angustiosos ojos derramado.

Y era entonces guerra declarada á toda la cristiandad por el sensual africano, cual agora.

—¡Señor! dijo el Cojo; no en este dia hay tal guerra declarada.

—Ni sé que hicisteis vos de vuestros ojos! exclamó Don Quijote; pues los arneses y armas son diversas so-

lamente. De implacable hierro eran aquellas cual estas de acerados corazones: caudillos de los del sangriento Marte allí mandaban, hora caudillos son los pensamientos; mas el moro, cual entonces, todos mares infesta, y costas y continentes acecha, sorprende y gana, y rugen contra Pelayo Tarif y Muza. ¡Dó será la gran Lepanto!

En resolucion, escuchad agora los amorosos ayes de este asiento. «No hayais, Rey Don Felipe, esperanza alguna, ni aun remota, en los trances guerreros de vuestra hueste, ni en la fama, ni en la gloria, ni en el saber de vuestros mas esforzados campeones y ardientes capitanes; vos os hallareis caudillo sin buscarle, y no ha de abonarle, señor, la propia experiencia, ni acreditarle han sus años, mas haberle heis seguramente. Él llevará el laurel de la victoria, que el Cielo á la suplicante Italia ha concedido.» Esta decia Doña Isabel.

Los grandes hombres, exclamó el Cojo, han su mérito en el mundo y pertenecientes sus obras.

Mas dentro de sí mismos los acontecimientos todos han un alma como el hombre la há en su cuerpo, replicó Don Quijote; así como las constantes leyes que al Universo rigen y gobiernan son ámplio aposento dentro del cual el hombre puede andar cuanto y como quisiere sin arruinar la fábrica que le abriga y guarece. Y gentes hay que al averno se arrojan por las ventanas.

¿Creeis pues vos, señor, en la virtud de la Ossorio? preguntó el Tuerto.

No cree en la virtud quien á conocerla no há llegado; y el dudar vos de élla es por haber contado con solas vuestras fuerzas. Vos notais todos los dias efectos y sucesos sobrehumanos en vuestra persona propia y en cuanto aquí os rodea, exclamó Don Quijote; y admírame, ó señor Maestresala, que concedais al mal lo que negais al bien osadamente.

Recordó el Cojo como el caballero habia derribado los esqueletos de la cuadra y al su mandato cesaron en sus maniobras los de la asamblea, y así dijo:

Todo está en que vos hayais por consejero espíritu mas alto que los nuestros, pues los hay muchos y diversos, y en que le sirvais fielmente.

Y así que fué llegada á España la nueva espantable de la victoria de Lepanto, alcanzada por un chico, continuó Don Quijote, sin mas desgracia que el cautiverio de Cide Hamete ben

Engeli, honra del mundo y desprecio de los hombres por natural consecuencia, aquí vino á asentarse así bien mi Rey D. Felipe para escuchar de Doña Isabel estas ó palabras semejantes:

—«Bien sabeis, señor, como la noticia de tan inaudito triunfo llegó á Roma en el instante mismo en que acaeció la derrota de la media luna; y, cuando los correos despachados por Don Juan de Austria entraron en la Corte de la Italia para decirla lo acontecido se hallaron con que toda la ciudad sabía y habia celebrado ya el gran suceso con gratitud profunda; ahora, pues, ó Rey Don Felipe, contád con que, vencido el moro por las armas, traslada á otra diferente region el campo de batalla. Idos vos, señor, á vuestra Corte, cual yo he tambien de ir á donde ha de pelearse. Ya no temais jamás corporales enemigos, que aun estos han de requerir y empuñar tan solamente sus inmateriales aceros implacables. Tórnase el Universo mundo jóven sin consejo, caminante por el tumulto de sus pasiones, gran buque sin timon bogando á toda vela y sin imán el insondable oceano de la tormentosa existencia. ¡O y como habeis de admirar, cuanto llorar, sus hercúleos esfuerzos! Así asirá la tabla de su naufragio como celebrará su arribo á costa desconocida con frenética algazara; á las aves ha de intentar arrancar el vuelo cual robar al pensamiento la presteza; al antro ha de despeñarse en busca del oro que realice sus empresas jamás sentidas; y ha de medir los aéreos espacios, y ha de ver circular la sangre de sus venas, y deshará el pavimento que le sustenta para de nuevo fabricarle. Ni han de admitir tasa sus ideas, ni han de respetar sus ansias leyes. La novedad hará aplaudir al mismo escándalo, la fiebre hará al delirio franca calle. Y al fin habrá de dar consigo mismo.

Tal, señor, es el fin y término de toda ruta, por ser muy mas aun el hombre que el Universo. El nuevo mundo del nuevo Colon es el ser humano, único continente salvador que aun no han conocido. El es el que muestra riente el paraiso do reina la suave brisa de la inocencia, él há sus deliciosas praderías allí do va á dar mas pura la luz del Cielo. Torrentes de alegrías brota la enhiesta roca del sacrificio, y amor de caridad es paz del alma.

Entretanto, mi Rey y Señor, este mismo sitio habitarán nocturnas he-

chicerías, que há el ser humano incansables sus perseguidores; espíritu y materia han enemigos diversos según su condicion mas ó menos horribles.

El ambiente de lo inmaterial asombra al hombre, y por la sombra puede irse á las tinieblas. Do no hallais esa dulce paz ¡que habeis de hallaros!»

Harto llegó á vuestra noticia de la Ossorio, dijo tembloroso el Tuerto.

Grande fué su justa nombradía entre buenas gentes, contestó Don Quijote, y en ellas solo halla eco la buena nueva; ni todo valladar ha su eco.

Conque entróse la dama en ese vecino monasterio, al cual es ahora nuestro caminar, como religiosa de claustro, pues que no lo eran todas en aquellos dias, y todo iba en la manera y condicion de los sus votos ofrecidos.

Murmurando fué el Tuerto á cumplir el deseo y mandato del Caballero, que Sancho no hubo una sola palabra que proferir en su asombro y sorpresa. Y traspuesta la puerta de la tapia del misterioso recinto, y al cabo de buen espacio, dieron los tres sugetos con un templo que arrojaba escasa y titubeante claridad por las altas luceras.

Admiró á Don Quijote como la puerta tal docil cedia al impulso de la mano en las tan avanzadas horas de la noche, y pugnaba Sancho porque el Tuerto penetrase en el sagrado recinto, pues no queria en modo alguno; advertido lo cual por El de la Mancha, dijo este:

—Adelante y aderezáos, que averiguados ya somos, señor Maestresala, y haced lo que os reste.

Decir Don Quijote estas palabras y enderezarse el Tuerto todo fué uno, y el cesar la cojera, que era de pié hartó conocido, conque resultó á la luz de la Luna un moreno y apuesto caballero, el ropón recogido sobre el izquierdo brazo.

—¡Báo, grullo! exclamó Sancho, que Tomé Ceciál púsose solas las narices, y la su madre no le conociera.

—Tomád vos Don..... (dijo Don Quijote ofreciendo agua bendita.)

Ruy Lope de Saldaña, contestó el ya no tuerto, á quien dan en llamar por su aspecto Saldañuela.

—Bien está, Don Ruy Lope, continuó Don Quijote, y bien conoceis ya vos por qué dieron consigo en el suelo los esqueletos del palacio.

—¿Cómo pues hubo su merced esa agua á la mano? preguntó Sancho.

No es mi caminar sin ella en pañi-

zuelo desde Atapuerca; digo, des que me anduve en lo poblado, como andante Caballero en estos dias.

Y entraron en el templo. La lámpara trémula lucia cercana á los pies de la estatua yacente sobre la tumba de piedra que levantábase en el centro de la iglesia, con lo que aparecía incierta y moviblemente iluminado el rostro de la efigie de la Doña Isabel de Ossorio. Trenzados los cabellos descendian por los lados del rostro, mas su nacimiento ocultábase bajo la alta toca almidonada.

Era subido y labrado á tiras de arriba abajo el cuello del manto, el cendál del pecho recamado cual las bandas del manteo, y llevaba en las cruzadas manos la escultura grande rosario. La belleza del rostro semejava su dormir mas que ser muerta. Pintaba la escasa luz círculos retumbantes por el suelo, la bóveda fingía lejano firmamento de leves gasas de flotantes nubes ondulado.

El silencio y la quietud del sagrado recinto los labios del alma movian, que no los del cuerpo, mudos estos por no saberse encontrar el habla necesaria; mas oíase rumor como de respirar dificultoso entre la sombra de la mas baja techumbre del hondo coro, lo cual obligó á la medrosa curiosidad del Saldaña á dirigir sus estudiados pasos hácia la oscuridad entre la cual los latidos de humano pecho incesantes tenian, al parecer, su origen misterioso. Y vió á mediana distancia dos figuras ó vivientes ó en mármol esculpidas, puestas ambas de rodillas, su cuerpo y gran parte del rostro ocultos en negros hábitos, lo cual, y el haber encontrado abierta la puerta del templo, hizo comprender al caballero como algun extraordinario suceso se estaba allí esperando.

Y una de las figuras enlutadas, no pudiendo ya por mas espacio de tiempo comprimir ni retener su sobresalto, dijo en ahogado acento:

—No es, Don Ruy Lope, este en que ahora os hallais vuestro aposento; partid, pues, lechuza de la tiniebla, al nido de vuestra selva, sin alterar la paz de los sepulcros.

Hubo de apoyarse en el pilar cercano el Saldaña, pues la hora, el sagrado lugar, la sorpresa y la magestad del acento de la voz, no menos que la tumultuosa conciencia, todo junto era demasia aun para esforzados caballeros; mas en cuanto Don Ruy Lope volvió en sí, que fué tardando, sintió como la voz amenazante, que aun reteñía en el su oído, en no lejanas ocasiones habia escuchado, pues era ella, aun en su furor, de entonacion incontrastable por lo dulce y armoniosa; conque dirigióse el Don Ruy á la estatua ó persona que hablale hablado con franco paso y decidido, pero en vano, pues alzándose como

sombras del pavimento, entráronse los dos bultos engasados por la inmediata puerta del convento.

A este punto llegaron Don Quijote y Sancho á Don Ruy Lope de Saldaña.

—No seréis osado vos, dijo el de la Mancha, á penetrar dó las leyes son la guarda, y dó hay quien las cumpla y las defienda.

—Ignorais, el buen caballero, replicó el de Saldaña, como el trasponer esta puerta tan lícito siempre fué como agora necesario.

—No es este, pues, límite de clausura? añadió Don Quijote; entonces franco paso.

—¡Lucila! exclamó Don Ruy Lope, viendo á la envelada señora y á su hija, ¡vos en este sitio! Y era poca la claridad del aposento.

—Mas espanta vuestra presencia en este sacro lugar, dijo Lucila; lo cual no ha de explicarse por mas que se quisiera.

—Señora, continuó en su agitacion el Saldaña, ó decid y declarad como jamás hubisteis noticia de mi nombre, ó entregadme el tesoro del cual sois poseedora.

—Don Juan, ¿dó se halla? preguntó Lucila, como fuera de sí misma.

—¡O! dadme, señora, mi tranquilidad, por Dios del Cielo! y creéd que es obra buena!

—¡Vos! dijo Lucila; ¡vos, por Dios del Cielo! ¿Dónde, Don Ruy Lope, se encuentra Don Juan? esto es necesario averiguar sin mas tardanza.

—Si tal es vuestro empeño, y tal ya es necesario, vuestra sea culpa tanta; sabed al fin como ya es muerto.

—¡Muerto! repitió Lucila con tal son de su voz como el eco del antro; ¡muerto! si será.... y sin duda en la cuadra del palacio! Era para vos asi necesario.... ¡Dios eterno!

En aquel mismo instante confuso tropel de caballeros detúvose á la entrada del convento; palabras descaballadas é inconexas penetraron al través de los pintados vidrios de las luceras.

¡Madre! exclamó la niña, pues la última hora es ya llegada, dadme los vuestros amorosos brazos, señora mia, morir así debemos.

Lucila estrechó á su hija contra su pecho, tomó en su mano derecha el crucifijo, y madre é hija de rodillas comenzaron á la vez sus oraciones. Y eran los sus ojos con lágrimas heladas, y brillaban por ellas como en perlas y diamantes engastados. La palidez de los rostros hábales trocado en marmóreas efigies. Las pupilas de entrambas, como esculturas romanas, estaban inmóviles mirando al sacro Cielo. Y temblaban madre é hija; y en tan horrible trance eran sublimes.

De esta suerte encontró á su hija y á su esposa el caballero Don Lope después de su deshonra al penetrar en la imponente estancia. Y fiero iba de cólera, daga en mano, y apresuró sus vengadores pasos, y levantó el acero. Y cuando Don Ruy Lope interponerse quiso osado y violento, dijo el Caballero de la Mancha.

No queráis arrancar, el de Saldaña, tan admirable triunfo al Cielo; deteneos os mando.

Don Lope, ante aquel piadoso cuadro, dejó caer la daga de su mano, y elevó tambien los sus humedecidos ojos al Empíreo.

Imp. de la viuda de Villanueva.